



Lo mismo que la letra el número

No sólo de números vive el hombre.

Los "snobs" de la técnica —porque ahora hay más esnobs de la técnica que de la cultura— creen tener todas las cartas en la mano cuando tienen números y estadísticas. Y así nos planifican reformas agrarias, reformas educacionales, o lo que sea —porque valor no falta— para un hombre abstracto, cuantitativo, numeral y estadístico, pero. . .

No es que sea enemigo de la estadística. Las letras y los números son hermanos, sin embargo, del mismo modo que se dijo —y nadie lo sabe mejor que el escritor— "la letra mata, el espíritu vivifica", también los números matan si se deshumanizan. Siempre recuerdo la aguda frase de Buttler —el Ministro de Hacienda inglés—: "las estadísticas son como los bikinis, enseñan muchas cosas pero esconden lo esencial".

Lo esencial nos lo revela frecuentemente la historia. Incluso una tradición, un canto popular, un cambio en el lenguaje, una insistencia folklórica, pueden decir más o completar lo que los números muestran o esconden del hombre.

El campo está ahora lleno de "transistores". En figuras tan enquistadamente típicas y tradicionales como el campista, el vaquero o el peón de las más apartadas regiones campesinas, un aparatito absolutamente moderno —casi incongruente— ha pasado a formar parte integrante de su atuendo: el pequeño radio colgado al cuello. Llevan la música y el barullo del mundo como un escapulario. En cambio ¿por qué muchos otros "adelantos" técnicos son rechazados por ellos? Ese hombre descalzo, que no asimila la higiene, ni compra medicinas, ni mejora su lecho o su hogar, ni usa zapatos siquiera ¿por qué integra a su vida el transistor y recorre leguas para reponer sus baterías?

Hace poco leí una intervención de Jules Romain sobre quién es verdaderamente un hombre tipo Siglo XX. Hablando de los franceses de hoy decía que, numéricamente sólo en una pequeña minoría de individuos se manifiestan con plenitud los caracteres de la época. En otras palabras, junto al tipo siglo XX, —que es sólo una minoría— conviven el tipo Siglo XIX, el feudal y hasta el prehistórico. Toda cultura deja sobrevivir a su lado elementos que provienen de épocas diferentes, que "no se han hecho para vivir juntos, que son unos respecto a otros anacrónicos y que por lo tanto tienden a excluirse entre sí".

En culturas como la nuestra las convivencias anacrónicas son mucho más desconcertantes: subsisten elementos paleolíticos —como el rancho o el espeque— en el mismo paisaje del jet y de las cosechadoras mecánicas.

Eso lo vemos fácilmente porque el contraste es físico. Pero no sabemos ver —por falta de historia— en cuántos momentos los que volamos en avión y usamos refrigeradoras eléctricas estamos actuando apegados a tradiciones, juicios o prejuicios (buenos o malos) de hace siglos.

Al estudiar la historia de nuestras culturas indígenas prehispanas podemos encontrar —como ejemplo— varios horizontes cuyo emparedamiento no hemos acabado todavía de romper los nicaragüenses del siglo XX. En honor de la brevedad citaré sólo dos:

El primero de esos horizontes es el que trazaron los orgullosos Nicaraguas —de lengua nahuatl— que llamaron "Chontales" a los indios vecinos del otro lado del Gran Lago. "Chontales" significaba "extranjero" y tenía para ellos el mismo sentido despreciativo y chauvinista que tenía para el griego el término "bárbaro". Esa visión milenaria de considerar extranjero Chontales y lo que hoy se llama Costa Atlántica nos emparedó de tal modo con el Mar de la civilización y con ese trozo de nuestro territorio, que todavía no hemos terminado de anexarlos e integrarlos plenamente a la nacionalidad y al espíritu de Nicaragua. Nuestra Costa en inglés, el abandono del Lago, el inalcanzable puerto atlántico de esa carretera que nunca llega a su destino, la frase: "Parecés de Boaco", son persistencias anacrónicas indias —nicaraguas— de aquel emparedamiento. ¡Es nuestra geografía con el escapulario del transistor, pero sin zapatos!

El otro horizonte nos lo heredan los "Chorotegas". Su división entre "Dirianes" (región de Granada y Masaya) y "Nagrandanos" (región leonesa) dio pie a una guerra florida y perpetua de seculares localismos, y ya Fróebel hace notar de pasada, estudiando a nuestros Chorotegas, cómo esa división no sólo ha proseguido intacta sino que se ha expandido en dos amplios localismos y partidos, haciendo de Nicaragua un raro país bicéfalo. Solemos decir —quizás por pudor— que León y Granada entraron en rivalidad por la sede de la Capital. La verdad es que el pleito por la capital no fue causa sino efecto de aquella vieja rencilla de siglos, que, varias veces por año, avergonzada o abiertamente, salta de nuevo en algún terreno (político, cultural, hasta universitario. . .) porque el frac no siempre sabe borrar el taparrabo.

Nuestro hombre es un ser complicado. No es tan limpio como un número. Es una mezcla

de razas, de épocas, de resistencias y de impulsos históricos y psicológicos que debemos tomar en cuenta cuando se planifica o reforma su vida. Y así, lo mismo que la letra, el número, lo mismo que el escritor, el técnico, debe ser humilde, en el profundo sentido de la palabra HUMILDE que guarda en su raíz —como la fruta la semilla— la palabra "humus" que significa tierra. Y no es por casualidad que también la palabra Hombre (homo-hominis) tiene la misma raíz "humus": tierra: porque fue y sigue siendo hecho de tierra. De geografía y de historia. De paisaje y tradición.

Decir humilde, es decir humanista.

PABLO ANTONIO CUADRA